Educar para transformar (nos)

*El horizonte **transformador** del Reino*
en una escuela en clave pastoral

0. A modo de introducción.
1. El Reino, el desafío transformador y la alegría del Evangelio.
2. El rol de la escuela como parábola del Reino.
3. La escuela, camino de educación para la justicia y la paz.
4. Aproximaciones operativas.

0. A modo de introducción.

"La realidad no es así, la realidad está así. Y está así no porque ella quiera.
Ninguna realidad es dueña de sí misma, esta realidad está así
porque estando así sirve a determinados intereses del poder.
Nuestra lucha es por cambiar esta realidad y no acomodarnos a ella…"
(Paulo Freire, *El grito manso*)

A continuación, te compartimos una serie de aportes (materiales propios, textos seleccionados, etc) que esperamos sean un apoyo y estímulo para las reflexiones que elaboremos en el espacio educativo de CONFAR. En este tiempo donde soplan vientos de cambio, seguimos con la apuesta de pensar hacia dónde y cómo renovar nuestras prácticas educativas, para que contribuyan cada vez más al crecimiento del Reino, para ser ellas mismas espacios del Reino.

Como cristianos estamos desafiados permanentemente a no "acomodarnos" a la forma en que se presenta la realidad. Tenemos que aportar discernimiento para posteriores tomas de decisiones operativas, creativas y audaces, que nos lleven a una conversión personal e institucional, para "hacernos cargo" de la realidad, con sus desafíos pastorales, volviendo siempre más a Jesús y su Evangelio.

Cada vez más personas –con más intensidad– proclaman que "otro mundo es posible". Y que es urgente, necesario, justo materializar esa consigna… La vida reclama cada día y nos convoca a realizar ese cambio tan ansiado. Nos enfrentamos con el gran desafío de pensar, conocer y entender lo que nos pasa, en el plano personal y en el comunitario, para discernir, imaginar y soñar esas transformaciones que nos permitan a todos llegar nuevamente a la vida abundante de la que nos habla Jesús, "una vida que merezca y facilite ser frecuentemente festejada con alegría, placer y gusto".

Tenemos que estimular la reflexión autocrítica sobre las maneras a través de las cuales llegamos a formarnos nuestras "verdades" y sobre las consecuencias –a menudo indeseadas– de cerrarnos a tomar respetuosamente en cuenta otras certezas, distintas a las "nuestras". Es

una invitación permanente a abrir las mentes a la posibilidad de ensanchar, enriquecer, profundizar y transformar nuestras "verdades", incluso al punto de dejarnos alimentar, cuestionar y enriquecer con las "verdades de otra gente", que a menudo vemos como inaceptables.

No propondremos nuevas "verdades", ni explicaciones simples, ni soluciones fáciles. Al contrario, estamos frente al desafío de asumir una posición humildad que reconozca la dificultad, complejidad y dinamismo de los procesos humanos de conocimiento (sean estos individuales o grupales) y a la necesidad de empeñar todas las fuerzas en nuevas elaboraciones colectivas, para comprender las situaciones que nos rodean y transformarlas.

1- El Reino, el desafío transformador y la alegría del Evangelio

El evangelio de la paz es una guerra a muerte por la vida.

(Pedro Casaldáliga)

En el Espacio Educativo CONFAR del mes de abril, reafirmábamos la necesidad de hacer cambios profundos en el modelo que alienta la acción pastoral para avanzar decididamente hacia una Iglesia realmente discípula y misionera. Usando una imagen "automotriz", se planteaba que debemos cambiar el chasis, no solamente los foquitos del auto que es nuestra tarea. Se trata de abandonar definitivamente el modelo pastoral de cristiandad. Los obispos en Aparecida nos recordaban que *no podemos quedarnos tranquilos en espera pasiva en nuestros templos*. Hace falta pasar *de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera*. Esta tarea sigue siendo la fuente de las mayores alegrías para la Iglesia. Pero no se trata simplemente de salir más. Tenemos que repensar el desde dónde.

El Papa Francisco nos orienta en un sentido claro: reencontrarnos con Jesús y su proyecto y, desde esa experiencia, salir decididamente a la misión de un modo nuevo, sinceramente alegre. Realiza una invitación "a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso". En este reencuentro existe un núcleo fundamental del cual resplandece *la belleza del amor salvífico de Dios manifestado en Jesucristo muerto y resucitado*. Y en el punto 177 de EG nos recuerda que ese *kerygma* tiene un contenido ineludiblemente social: en el corazón mismo del Evangelio está la vida comunitaria y el compromiso con los otros. El contenido del primer anuncio tiene una inmediata repercusión moral cuyo centro es la caridad.

1- Revisando la visión global de la acción evangelizadora

Para desarrollar una visión global de la acción pastoral seguiremos la reflexión del catequeta Emilio Alberich, sdb, que nos desafía a poner al Reino como horizonte definitivo de la praxis eclesial. Lo hacemos sabiendo que "evangelizar es hacer presente en el mundo el Reino de Dios"[1]. Y que "ninguna definición parcial o fragmentaria refleja la realidad rica, compleja y dinámica que comporta la evangelización, si no es con el riesgo de empobrecerla e incluso mutilarla". Alberich[2] profundiza con el siguiente aporte.

[1] Papa Francisco, Exhortación *La alegría del Evangelio*, n.° 176.
[2] Cf. ALBERICH, EMILIO, Catequesis Evangelizadora. Manual de catequética fundamental. Madrid, Editorial CCS 2009.

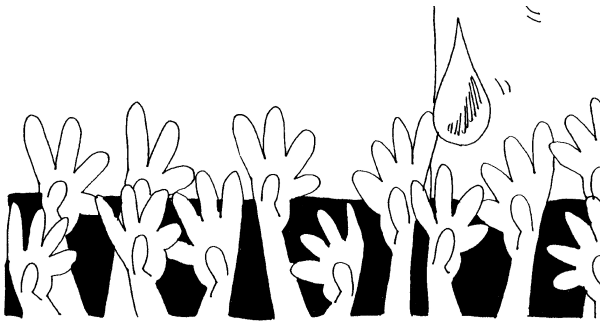
En las circunstancias actuales es preciso replantearse a fondo el sentido mismo de la misión de la Iglesia y responder a preguntas fundamentales: ¿cómo concebir *la misión de la Iglesia* en el mundo actual?; ¿qué *proyecto pastoral* habrá que adoptar, si queremos de verdad superar la crisis de credibilidad de los cristianos y ser evangelizadores en el mundo de hoy?

En la raíz de estos problemas late una urgencia de fondo: la necesidad de *redescubrir* y *reformular la identidad cristiana*, como misión y como experiencia de fe, en una sociedad en transformación. Los cristianos de hoy tienen que clarificarse a sí mismos la originalidad e importancia de la propia misión, como personas y como comunidad. Y esto en *perspectiva de futuro:* ¿qué comunidad eclesial queremos construir? ¿Qué proyecto de Iglesia debe orientar a cuantos se afanan en la acción pastoral?

Comenzamos nuestro itinerario con la descripción del *conjunto articulado de la acción evangelizadora* de la Iglesia, que entendemos en su significado global hoy generalmente aceptado (cf EN 14): «Los agentes de la evangelización han de saber operar con una "visión global" de la misma e identificarla con el conjunto de la misión de la Iglesia» (DGC 46).

Tenemos presente todo el conjunto de la acción «eclesial», evitando la polarización clerical que, durante siglos, ha concentrado la misión de la Iglesia en manos de los «pastores» (obispos, sacerdotes, religiosos). Nos referimos a la acción de todos los cristianos en cuanto Iglesia, sin olvidar, claro está, la diversidad de ministerios dentro del cuerpo eclesial.

Partimos de la concepción de la Iglesia, propia del Vaticano II (cf. LG 48), como *«sacramento universal de salvación»,* evocando los tres momentos fundamentales de su dinamismo vital: *convocación - comunión - misión.* La Iglesia es *convocación,* «ekklesia» (reunión de convocados); se manifiesta esencialmente como *comunión;* y es enviada en *misión,* como pueblo mesiánico en medio del mundo. Convocación, comunión y misión son los hitos de un ritmo vital que, como sístole y diástole, llevan a la Iglesia a recogerse para dispersarse, a reunirse para sentirse continuamente lanzada hacia el mundo, para anunciar y ser testigo del Reino, del que es germen y primicia.



Vista en su conjunto, la praxis eclesial se articula ante todo según sus niveles de importancia, según el grado de proximidad respecto al fin último de la Iglesia. Se distinguen así cuatro fundamentales niveles operativos:

1. El objetivo y tarea fundamental de la acción eclesial: «en el mundo, para el mundo, al servicio del Reino» *(primer nivel)*

Un primer rasgo esencial caracteriza la tarea de la Iglesia: el hecho de *no existir para* sí *misma,* sino al servicio de un plan divino que supera con mucho los límites de la acción eclesial: el proyecto del *Reino de Dios.* Este proyecto -llamado también plan universal de salvación, construcción del Cuerpo de Cristo, unidad del género humano, paz mesiánica, vida en plenitud, etc.- es el plan grandioso de Dios sobre la humanidad, que en Cristo y por medio del Espíritu, se realiza en la historia. Es el proyecto de liberación integral de una humanidad reconciliada y fraternal, realización de los valores que los hombres de siempre anhelan y sueñan: «reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz». La venida del Reino de Dios, esta «utopía del corazón humano», constituye el anhelo supremo y la meta final de toda la actividad de la Iglesia.

En cuanto «sacramento universal de salvación» (LG 48), sacramento del Reino, la Iglesia *no* se *identifica con el Reino de Dios,* sino que «constituye en la tierra el germen y el principio de este reino».3 Ella es «sacramento o signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano» (LG 1). Es «signo» -o sea, «anuncio» y «presencia germinal»- del gran proyecto de Dios sobre la humanidad. La Iglesia constituye una mediación histórica providencial, pero sus fronteras no abarcan ni limitan la realización del Reino, sino que como

«pueblo mesiánico», tiene la misión de anunciar y ser primicia de este mismo Reino. La Iglesia, como ha dicho Rahner, «es el sacramento de la salvación del mundo, que de hecho, en su mayor parte, es salvado por la gracia de Dios fuera de las instituciones eclesiales».

De aquí una primera y fundamental puntualización: la praxis eclesial no puede tener como fin la realidad misma de la Iglesia, su autoconservación o afirmación en el mundo, sino que se ve proyectada hacia algo que la trasciende y orienta: la venida y crecimiento de los *valores del Reino:* la comunión con Dios y con los hombres, la fraternidad, la libertad, la paz, la felicidad, la vida.

«En el mundo, para el mundo»: esto obliga también a repensar *la relación Iglesia-mundo.* El mundo (la humanidad histórica) no es en sí algo extraño u opuesto al proyecto del Reino, ni solamente campo de aplicación del plan salvador, sino que asciende al rango de *lugar de realización del Reino,* en la medida en que secunda el impulso del Espíritu. La Iglesia, como *porción del mundo,* se proclama «sierva de la humanidad» y «camina con toda la humanidad, experimenta la suerte terrena del mundo, y su razón de ser es actuar como fermento y como alma de la sociedad, que debe renovarse en Cristo y transformarse en familia de Dios» (GS 40).

2. Las funciones o mediaciones eclesiales (signos evangelizadores) al servicio del Reino: diaconía, koinonía, martyría, liturgia *(segundo nivel)*

La tarea de la Iglesia -el servicio del Reino- no se reduce a colaborar con los hombres de buena voluntad en la labor transformadora de la humanidad. En cuanto depositaria del «misterio» revelado por Dios en Cristo, la Iglesia tiene la misión específica de iluminar y estimular la historia de los hombres, para que se acerque, de manera formal y consciente, al ideal del Reino. Y así actúa su sacramentalidad («sacramento del Reino») por medio de las *mediaciones* o *funciones* eclesiales.

Tradicionalmente se han clasificado las funciones eclesiales según el esquema de los tres oficios de Cristo: sacerdote, profeta y rey, distinguiendo así un *triple ministerio* en la Iglesia: *litúrgico, profético* y *real.* Pero esta división no tiene un fundamento vinculante, ni refleja las reales modulaciones del quehacer eclesial. Resulta preferible una división cuatripartita que enlaza con la función sacramental de la Iglesia en cuanto signo e instrumento del Reino de Dios. El ideal del Reino se hace visible en el mundo por medio de cuatro formas fundamentales de visibilidad eclesial:

- como Reino *realizado* en el *amor* y en el *servicio* fraterno (signo de la diaconía);
- como Reino *vivido* en la *fraternidad* v en la *comunión* (signo de la koinonía);
- como Reino *proclamado* en el *anuncio* salvífico del Evangelio (signo de la martyría);
- como Reino *celebrado* en *ritos* festivos y liberadores (signo de la liturgia).

De este modo, la Iglesia debe ser en el mundo el lugar por excelencia del *servicio,* la *fraternidad,* el *anuncio* y la *fiesta,* en Correspondencia con cuatro factores antropológicos básicos: la *acción,* la *relación,* el *pensamiento* y la *celebración.* Las llamamos «funciones» o «mediaciones»: cuatro formas de ser en el mundo «sacramento» del Reino.

Diaconía. El signo de la *diaconía,* con su carga evangelizadora y su riqueza de expresiones (amor, servicio, promoción, liberación, solidaridad), responde al deseo de hallar una alternativa a la lógica de dominio y egoísmo que envenena la convivencia humana. La comunidad cristiana está llamada a manifestar *un nuevo* modo *de amar* y *de servir,* una tal capacidad de entrega a los demás que haga creíble el anuncio evangélico del Dios del amor y del reino del amor.

Koinonía. El signo de la *koinonía* (comunión, fraternidad, reconciliación, unidad) responde al

anhelo de hermandad y de paz de los hombres de todos los tiempos. Debe manifestar un *modo nuevo de convivir* y *de compartir,* anuncio de la posibilidad de vivir como hermanos reconciliados y unidos, con plena aceptación de todas las personas y máximo respeto de su libertad y originalidad. En un mundo desgarrado por divisiones, discriminaciones y egoísmos, los cristianos están llamados a anunciar la utopía del reino de la fraternidad y de la unión, brindando espacios de libertad, de comprensión, de amor.

Martyría. El signo de la *martyría* o *función profética* (primer anuncio, *catequesis,* predicación, reflexión teológica) debe brillar en el mundo como anuncio liberador y *clave de interpretación* de la vida y de la historia. Ante la demanda de sentido y experiencia del mal, que induce a tantos hombres al fatalismo y a la desesperación, los cristianos deben ser por vocación portadores de esperanza, «enemigos de lo absurdo, profetas del significado», o a través del anuncio de Jesús de Nazaret, que revela el amor del Padre e inaugura la venida del Reino.

Liturgia. El signo de la *liturgia,* en sus distintos momentos (eucaristía, sacramentos, culto, devociones, oración) abarca el conjunto de ritos, símbolos y celebraciones de la vida cristiana como anuncio y don de salvación. Responde a la exigencia de celebrar la vida y de acoger y expresar en el rito el don de la salvación. Ante los límites mortificantes de la racionalidad y de la falta de sentido, la comunidad cristiana está llamada a crear espacios en donde la vida y la historia, liberadas de su opacidad, sean *celebradas* y *exaltadas* como proyecto y lugar de realización del Reino. En la Eucaristía, sacramentos, fiestas y conmemoraciones que jalonan la experiencia de la fe, los cristianos deben anunciar y celebrar, con alegría y agradecimiento, la plenitud liberadora de la vida nueva manifestada en Cristo.

Estos "signos evangelizadores" manifiestan la misión de la Iglesia en el mundo: **ofrecer a todos, como signo y primicia del proyecto de Dios, los cuatro grandes dones de los cuales es portadora: un nuevo talante de amor universal, una nueva forma de convivencia fraterna, un mensaje y un testimonio henchidos de vida y esperanza, un conjunto de ritos transparentes y expresivos de una vida en plenitud.** A través de estos signos la Iglesia cumple su misión en la historia y actúa su aportación específica e insustituible a la realización del Reino de Dios

Para una recta comprensión de estos signos eclesiales, he aquí algunas puntualizaciones:

- Las funciones eclesiales *no pueden separarse entre* sí como realidades independientes, ya que cada una de ellas participa en mayor o menor medida de la naturaleza de las otras. Más aún, las cuatro funciones están tan íntimamente relacionadas entre sí que ninguna de ellas posee autenticidad y transparencia si queda desligada de las demás.

- ¿Es posible establecer una *jerarquía,* un *orden de importancia,* entre las distintas funciones eclesiales? Si se toma como criterio valorativo al objetivo final del Reino de Dios, se puede afirmar que la *diaconía* y la *koinonía* gozan de una cierta primacía, dado que apuntan en forma más directa a los valores fundamentales del Reino: el amor y la comunión. Son signos que contienen ya en forma preeminente la realidad significada (la *«res sacramenti»),* mientras que el ministerio de la palabra *(martyría)* y la *liturgia* resultan más vulnerables y falsificables, pudiendo degenerar fácilmente en retórica, palabra vacía, ritualismo. Quiere decir que la Iglesia cumple más su misión evangelizadora en el mundo por lo que *hace y* es que por lo que *di*ce y *celebra.*

Más que distinguir categorías entre los signos evangelizadores, conviene subrayar la profunda *relación y complementariedad* que los une. El conjunto de las funciones eclesiales constituye un todo orgánico, signo de la *globalidad* de la experiencia cristiana eclesial. La presencia armónica de las cuatro llega a ser un *criterio de discernimiento* de autenticidad cristiana y eclesial en la acción pastoral.

Desde la perspectiva del Reino, el desafío de asumir un posicionamiento sobre lo que sucede en el mundo

Queremos dar lugar al Reino y a la vida en plenitud que nos ofrece. Para dar lugar a pasos transformadores, debemos asumir un posicionamiento sobre lo que sucede en el mundo.

Un trabajo transformador comienza con el análisis de la realidad. Entre más preciso sea nuestro análisis habrá mayores garantías de la efectividad de nuestro trabajo. Hay que advertir que la realidad no se nos muestra fácilmente, sino que requiere de cierta "violencia" para que revele toda su complejidad. Las impresiones subjetivas que obtenemos directamente de cualquier ambiente social no resultan confiables. Percibimos siempre a través de nuestros filtros prejuiciosos (racial, ideológico, psicológico) de los que no solemos ser plenamente concientes. Contra el positivismo, que se reduce a la simple compilación de información y de datos, se precisa de una adecuada **teoría social**. A diferencia de lo que acontece en las ciencias exactas, que el nuevo paradigma sustituye al anterior, en las ciencias sociales coexisten diversas teorías sociales. No cualquiera de estas es indiferentemente aplicable para nuestros análisis. Algunas de ellas se elaboraron para justificar la dominación y darles marco teórico a situaciones de injusticia. Existe una *práctica teórica* y debates teóricos de consecuencias sumamente importantes. Los criterios para nuestros análisis es ***que se realicen desde la perspectiva de los pobres***; ***que tengan un mínimo de rigor científico***; que sean ***objetivos*** (lo que no significa que sean "neutrales", ya que hay una toma de posición previa); ***que se complementen desde una mirada de fe***, y ***que se hagan con vistas a la acción*** y no por simple afán de erudición.

Las teorías sociales pueden converger con **ideologías**. No hay que entender a las ideologías necesariamente de modo negativo. Son, es cierto, simplificaciones de la realidad, ya que su función principal es aglutinar a amplios sectores y dirigirlos hacia la acción. Tienen, pues, un componente emotivo del que carecen las teorías. Las ideologías se elaboran siempre de acuerdo a los intereses de determinado grupo social, y por lo mismo, tienden a deformar la realidad para acomodarla a ellos, más todavía aquellas destinadas a mantener situaciones de privilegio, que aquellas otras destinadas a transformar dichas situaciones. Cuando las ideologías se convierten en **doctrinas** se vuelven rígidas y constituyen un obstáculo para los análisis. Ninguna teoría está, pues, acabada, y se requiere de una constante revisión.

Aparte de la teoría, los análisis requieren de **información** confiable. Hay técnicas de recolección de datos, entre las cuales está las que nos brindan los medios de comunicación. Ya que los principales medios se nutren de las grandes agencias noticiosas, al servicio del gran capital, estamos ante una situación que nos obliga a la cautela y selectividad. Internet también ofrece nuevas y variadas posibilidades; sin embargo hay que tener cuidado, primero, para saber la fuente de origen de la noticia, y segundo para distinguir lo esencial de lo accesorio, pues la sobre-información suele ser tan lamentable como la falta de ella.

Ahora podemos conocer la realidad global de nuestro mundo. Contamos, por primera vez, con cifras bastante precisas y estadísticas confiables. Las **estadísticas** nos revelan la problemática en su globalidad. Sin embargo, hay que saberlas leer. Detrás de los números se encuentran hermanos y hermanas que sufren y que mueren cada día. Los números reflejan tanto sangre, como sudor y lágrimas, y los corazones sensibles no pueden quedar indiferentes haciendo la sola lectura matemática. Cada persona concreta que nos cuenta su pequeña historia nos estremece fácilmente; pero cuando vemos las dimensiones globales de situaciones análogas no podemos menos de conmovernos, reaccionar y actuar.

Tomemos como ejemplo la economía: hay mucho escrito sobre esto en la DSI. El Papa Francisco, en la Exhortación "La alegría del Evangelio", pantea decididamente el desafío que la economía plantea al mundo actual (53-60). Veamos algunos ejemplos de este posicionamiento:

No a una economía de la exclusión: Así como el mandamiento de «no matar» pone un límite claro para asegurar el valor de la vida humana, hoy tenemos que decir «no a una economía de la exclusión y la inequidad». Esa economía mata. No puede ser que no sea noticia que muere de frío un anciano en situación de calle y que sí lo sea una caída de dos puntos en la bolsa. Eso es exclusión. No se puede tolerar más que se tire comida cuando hay gente que pasa hambre. Eso es inequidad. Hoy todo entra dentro del juego de la competitividad y de la ley del más fuerte, donde el poderoso se come al más débil. Como consecuencia de esta situación, grandes masas de la población se ven excluidas y marginadas: sin trabajo, sin horizontes, sin salida. Se considera al ser humano en sí mismo como un bien de consumo, que se puede usar y luego tirar. Hemos dado inicio a la cultura del «descarte» que, además, se promueve. Ya no se trata simplemente del fenómeno de la explotación y de la opresión, sino de algo nuevo: con la exclusión queda afectada en su misma raíz la pertenencia a la sociedad en la que se vive, pues ya no se está en ella abajo, en la periferia, o sin poder, sino que se está fuera. Los excluidos no son «explotados» sino desechos, «sobrantes».

En este contexto, algunos todavía defienden las teorías del «derrame», que suponen que todo crecimiento económico, favorecido por la libertad de mercado, logra provocar por sí mismo mayor equidad e inclusión social en el mundo. Esta opinión, que jamás ha sido confirmada por los hechos, expresa una confianza burda e ingenua en la bondad de quienes detentan el poder económico y en los mecanismos sacralizados del sistema económico imperante. Mientras tanto, los excluidos siguen esperando. Para poder sostener un estilo de vida que excluye a otros, o para poder entusiasmarse con ese ideal egoísta, se ha desarrollado una globalización de la indiferencia. Casi sin advertirlo, nos volvemos incapaces de compadecernos ante los clamores de los otros, ya no lloramos ante el drama de los demás ni nos interesa cuidarlos, como si todo fuera una responsabilidad ajena que no nos incumbe. La cultura del bienestar nos anestesia y perdemos la calma si el mercado ofrece algo que todavía no hemos comprado, mientras todas esas vidas truncadas por falta de posibilidades nos parecen un mero espectáculo que de ninguna manera nos altera.

No a la nueva idolatría del dinero: Una de las causas de esta situación se encuentra en la relación que hemos establecido con el dinero, ya que aceptamos pacíficamente su predominio sobre nosotros y nuestras sociedades. La crisis financiera que atravesamos nos hace olvidar que en su origen hay una profunda crisis antropológica: ¡la negación de la primacía del ser humano! Hemos creado nuevos ídolos. La adoración del antiguo becerro de oro (cf. Ex 32,1-35) ha encontrado una versión nueva y despiadada en el fetichismo del dinero y en la dictadura de la economía sin un rostro y sin un objetivo verdaderamente humano. La crisis mundial que afecta a las finanzas y a la economía pone de manifiesto sus desequilibrios y, sobre todo, la grave carencia de su orientación antropológica que reduce al ser humano a una sola de sus necesidades: el consumo.

Mientras las ganancias de unos pocos crecen exponencialmente, las de la mayoría se quedan cada vez más lejos del bienestar de esa minoría feliz. Este desequilibrio proviene de ideologías que defienden la autonomía absoluta de los mercados y la especulación financiera. De ahí que nieguen el derecho de control de los Estados, encargados de velar por el bien común. Se instaura una nueva tiranía invisible, a veces virtual, que impone, de forma unilateral e implacable, sus leyes y sus reglas. Además, la deuda y sus intereses alejan a los países de las posibilidades viables de su economía y a los ciudadanos de su poder

adquisitivo real. A todo ello se añade una corrupción ramificada y una evasión fiscal egoísta, que han asumido dimensiones mundiales. El afán de poder y de tener no conoce límites. En este sistema, que tiende a fagocitarlo todo en orden a acrecentar beneficios, cualquier cosa que sea frágil, como el medio ambiente, queda indefensa ante los intereses del mercado divinizado, convertidos en regla absoluta.

No a un dinero que gobierna en lugar de servir: Tras esta actitud se esconde el rechazo de la ética y el rechazo de Dios. La ética suele ser mirada con cierto desprecio burlón. Se considera contraproducente, demasiado humana, porque relativiza el dinero y el poder. Se la siente como una amenaza, pues condena la manipulación y la degradación de la persona. En definitiva, la ética lleva a un Dios que espera una respuesta comprometida que está fuera de las categorías del mercado. Para éstas, si son absolutizadas, Dios es incontrolable, inmanejable, incluso peligroso, por llamar al ser humano a su plena realización y a la independencia de cualquier tipo de esclavitud. La ética –una ética no ideologizada– permite crear un equilibrio y un orden social más humano. En este sentido, animo a los expertos financieros y a los gobernantes de los países a considerar las palabras de un sabio de la antigüedad: «No compartir con los pobres los propios bienes es robarles y quitarles la vida. No son nuestros los bienes que tenemos, sino suyos».

Una reforma financiera que no ignore la ética requeriría un cambio de actitud enérgico por parte de los dirigentes políticos, a quienes exhorto a afrontar este reto con determinación y visión de futuro, sin ignorar, por supuesto, la especificidad de cada contexto. ¡El dinero debe servir y no gobernar! El Papa ama a todos, ricos y pobres, pero tiene la obligación, en nombre de Cristo, de recordar que los ricos deben ayudar a los pobres, respetarlos, promocionarlos. Os exhorto a la solidaridad desinteresada y a una vuelta de la economía y las finanzas a una ética en favor del ser humano.

No a la inequidad que genera violencia: Hoy en muchas partes se reclama mayor seguridad. Pero hasta que no se reviertan la exclusión y la inequidad dentro de una sociedad y entre los distintos pueblos será imposible erradicar la violencia. Se acusa de la violencia a los pobres y a los pueblos pobres pero, sin igualdad de oportunidades, las diversas formas de agresión y de guerra encontrarán un caldo de cultivo que tarde o temprano provocará su explosión. Cuando la sociedad –local, nacional o mundial– abandona en la periferia una parte de sí misma, no habrá programas políticos ni recursos policiales o de inteligencia que puedan asegurar indefinidamente la tranquilidad. Esto no sucede solamente porque la inequidad provoca la reacción violenta de los excluidos del sistema, sino porque el sistema social y económico es injusto en su raíz. Así como el bien tiende a comunicarse, el mal consentido, que es la injusticia, tiende a expandir su potencia dañina y a socavar silenciosamente las bases de cualquier sistema político y social por más sólido que parezca. Si cada acción tiene consecuencias, un mal enquistado en las estructuras de una sociedad tiene siempre un potencial de disolución y de muerte. Es el mal cristalizado en estructuras sociales injustas, a partir del cual no puede esperarse un futuro mejor. Estamos lejos del llamado «fin de la historia», ya que las condiciones de un desarrollo sostenible y en paz todavía no están adecuadamente planteadas y realizadas.

Los mecanismos de la economía actual promueven una exacerbación del consumo, pero resulta que el consumismo desenfrenado unido a la inequidad es doblemente dañino del tejido social. Así la inequidad genera tarde o temprano una violencia que las carreras armamentistas no resuelven ni resolverán jamás. Sólo sirven para pretender engañar a los que reclaman mayor seguridad, como si hoy no supiéramos que las armas y la represión violenta, más que aportar soluciones, crean nuevos y peores conflictos. Algunos simplemente se regodean culpando a los pobres y a los países pobres de sus propios males, con indebidas generalizaciones, y pretenden encontrar la solución en una «educación» que los tranquilice y los convierta en seres domesticados e inofensivos. Esto se vuelve todavía más irritante si los excluidos ven crecer ese cáncer social que es la corrupción profundamente arraigada en muchos países –en sus gobiernos, empresarios e instituciones– cualquiera que sea la ideología política de los gobernantes.

2- El rol de la escuela como parábola del Reino

«Los cristianos en efecto, no se distinguen de los demás hombres ni por su tierra ni por su habla ni por sus costumbres. Porque ni habitan ciudades exclusivas suyas, ni hablan una lengua extraña, ni llevan un género de vida aparte de los demás. A la verdad, esta doctrina no ha sido por ellos inventada gracias al talento y especulación de hombres curiosos, ni profesan, como otros hacen, una enseñanza humana; sino que, habitando ciudades griegas o bárbaras, según la suerte que a cada uno le cupo, y adaptándose en vestido, comida y demás género de vida a los usos y costumbres de cada país, dan muestras de un tipo peculiar de conducta, admirable, y por confesión de todos, sorprendente. Habitan sus propias patrias, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos y todo lo soportan como extranjeros; toda tierra extraña es para ellos patria, y toda patria, tierra extraña. Se casan como todos; como todos engendran hijos, pero no abandonan a los que nacen. Ponen mesa común, pero no ponen en común la cama. Están en la carne, pero no viven "según la carne" (Rom 8,13). Pasan el tiempo en la tierra, pero tienen su "ciudadanía en el cielo" (Hb 11,10; 13,14). Obedecen las leyes establecidas; pero con su vida sobrepasan las leyes (Mt 5,20). Aman a todos y por todos son perseguidos. Se los desconoce y se los condena. Se los mata y en ello se les da vida. Son pobres y enriquecen a muchos (2 Cor 6, 10). Carecen de todo y abundan en todo. Son deshonrados y en las mismas deshonras son glorificados. Se los maldice y se los declara justos. Los vituperan y ellos bendicen (1 Cor 4, 22). Se los injuria y ellos dan honra. Hacen el bien y se los castiga como malhechores; castigados de muerte, se alegran como si se les diera la vida».

Discurso a Diogneto. Anónimo apologético cristiano del siglo I. (Cap 5).

En nuestras comunidades educativas tenemos el gran desafío de ayudar a creer verdaderamente eso que afirmamos: ¡otro mundo es posible! Otra manera de entender el mundo, la vida, las relaciones, el sentido, lo trascendente.
Decimos que la escuela está llamada a ser una parábola que permita entrever que realmente podemos disfrutar juntos los frutos del Reino y que podemos trabajar para "amasarlo" concretamente. Brevemente podemos decir que se hace parábola cuando la clave del Reino se hace transversal en, al menos, los siguientes espacios:

1. **Nuestros Proyectos Educativos Pastorales Institucionales.**
2. **En la inspiración cristiana de los contenidos curriculares.**
3. **Los educadores, el ambiente y la convivencia escolar.**
4. **En las experiencias y procesos a través de los cuales vamos haciendo protagonistas a los jóvenes.**

El horizonte del Reino, como proyecto que inspira la misión cristiana y, dentro de ella, la tarea educativa, nos desafía a profundizar en cómo se despliegan las cuatro mediaciones mencionadas en el apartado 1. Lo haremos desde el aporte de Mario Peresson Tonelli, sdb, en su ensayo de pedagogía cristiana *A la escucha del Maestro* publicado en la editorial PPC (2012).

Las cuatro dimensiones de la pastoral evangelizadora

¿Cómo operativizar la misión evangelizadora de Jesús mediante la educación en el aquí y ahora de nuestras comunidades?

La pastoral educativa es la acción sistemática, orgánica y proyectiva mediante la cual una comunidad educativa busca realizar, a través de su proyecto pedagógico, la misión evangelizadora de Jesús, la venida del Reino de Dios.

A ejemplo y en el seguimiento de Jesús, realizamos operativamente su misión al servicio del Reino en y a través de la acción educativa, mediante los cuatro rasgos fundamentales y dimensiones de la evangelización llevada a cabo por Jesús y que también realiza la misión de la Iglesia. El Papa Benedicto XVI así las señala en su primera encíclica *Deus caritas est:*

> *La naturaleza íntima de la Iglesia se expresa en una triple tarea: anuncio de la Palabra de Dios (kerygma, martyría), celebración de los sacramentos (leiturgía) y servicio de la*

caridad (diakonía). Son tareas que se implican mutuamente y no pueden separarse una de otra. Para la Iglesia, la caridad no es una especie de actividad de asistencia social que también se podría dejar a otros, sino que pertenece a su naturaleza y es manifestación irrenunciable de su propia esencia[3].

Pocos números antes[4], menciona la dimensión de la comunión o *koinonía.*

La Iglesia, y como parte de ella, la comunidad educativa realiza, pues, su misión evangelizadora, siendo:

- Una comunidad educativa servidora de la comunidad, una Iglesia Samaritana (dimensión de la *diakonía).*
- Una comunidad educativa de comunión fraterna y participación (dimensión de la *koinonía).*
- Una comunidad educativa profética-kerigmática, que anuncia, a través de la Palabra que ilumina e interpela, y el testimonio de la vida, la Buena Nueva de Jesucristo (dimensión del anuncio profético y del signo martirial).
- Una comunidad educativa que celebra la Pascua de Cristo en la vida y en la historia (dimensión litúrgica y orante).

1. Comunidad educativa samaritana

Jesús "al ver a la muchedumbre, sintió compasión de ella, porque estaban vejados y abatidos como ovejas que no tienen Pastor, proclamó la Buena Nueva del Reino y sanó toda enfermedad y dolencia en el pueblo"[5] *y* "al ver a la multitud que lo seguía, sintió compasión de ella y multiplicó los panes y los peces para saciar el hambre y se puso a enseñarles ampliamente"[6].

Así la comunidad educativa, como expresión de Iglesia, a ejemplo de Jesús, ante las necesidades cotidianas, las angustias y frustraciones, ante la lucha por la sobrevivencia, contra el hambre y la enfermedad; ante el sufrimiento y la represión que padece el pueblo, no sigue de largo, como el sacerdote y el levita de la parábola, cuando ven al malherido botado a la orilla del camino, sino que, como el Samaritano, se hace prójimo de él: se mueve a compasión, se encarga de él, lo sana de sus dolencias en actitud de servicio, de solidaridad y amor eficaz[7].

La Iglesia se siente enviada como Jesús *"a anunciar la Buena Nueva a los pobres y la liberación a los oprimidos"*[8]. Ella debe anunciar y encarnar el nuevo Mandamiento del Amor, como signo de reconocimiento de que somos discípulas/os de Jesús[9]. Tiene como vocación ser una Iglesia servidora de la humanidad, a ejemplo de Jesús quien *"no vino a ser servido, sino a servir y a dar la vida"*[10], para que todos tengamos vida y vida en abundancia[11].

Para nosotras/os, educadoras y educadores creyentes, la manera más eficaz para realizar esta mediación evangelizadora, la forma más alta de solidaridad, es a través de la educación, necesidad fundamental del ser humano, orientada a la formación integral en clave

[3] DCE 25a.
[4] Cf. Ibíd. 20.
[5] Mt 9,35-36.
[6] Mc 6,30-44.
[7] Cf. Lc 10,29-37.
[8] Lc 4,16-22.
[9] Cf. Jn 13,34-35.
[10] Mt 20,28.
[11] Cf. Jn 10,10.

samaritana, atendiendo y respondiendo a las necesidades, aspiraciones y problemáticas de las niñas, los niños y las/os jóvenes de hoy y también dando respuesta institucionalmente en actitud de servicio al contexto en el cual se realiza.

2. Una comunidad educativa de comunión fraterna y participación

Obedientes al mandamiento nuevo del Señor Jesús, de *"amarnos los unos a los otros como él nos ha amado"*[12], la comunidad educativa debe llegar a ser una "casa y escuela de comunión" que acoge a todas las personas sin distinciones ni discriminaciones, una comunidad en la cual se creen permanentemente vínculos de fraternidad, se tejan lazos de familiaridad, de amistad y de compañerismo, y en la que se *"amen cordialmente los unos a los otros"*[13]. Será un signo de su credibilidad y reconocimiento: *"miren cómo se aman y están dispuestos a dar la vida los unos por los otros"*[14].

Así como el pueblo necesita pan, techo, educación y salud, también necesita afecto y es capaz de dar cariño.

Para un pueblo desarticulado, vejado y aprisionado por estructuras de egoísmo y competencia, la Iglesia, a ejemplo de la primera comunidad cristiana de Jerusalén en la cual *"todos los creyentes no tenían sino un solo corazón y una sola alma; en la cual nadie llamaba suyos a sus bienes, sino que todo lo tenían en común; y donde no había entre ellos ningún necesitado porque todo lo ponían en común y se repartía a cada uno según sus necesidades"*[15], debe convertirse en un espacio de fraternidad, que acoge a las personas y les ofrece la posibilidad de integrarse a una familia-comunidad de hermanas y hermanos. *"Quienes antes eran extranjeros en su propia tierra, llegan a ser casa de Dios y conciudadanos de los santos y familiares de Dios"*[16].

"Porque en Cristo formamos un solo cuerpo"[17], la comunidad educativa, que es Iglesia, debe ser un espacio donde cada una y cada uno se sienta tenida/o en cuenta según sus capacidades, valorando con la misma dignidad a todas las personas, respetando, a su vez, a cada quien en sus diferencias. En medio de tanta gente marcada por la represión y el miedo y por la mutua desconfianza, la comunidad cristiana, que somos todas/os, debe llegar a ser un espacio en donde se puedan compartir las penas y las esperanzas; una comunidad en la que todas/os se sientan partícipes y corresponsables teniendo en cuenta la diversidad de los carismas con que el Espíritu Santo la ha enriquecido para el bien común[18].

A ejemplo de Jesús, que se hizo el servidor de todas/os[19], entre los miembros de la comunidad debe reinar el espíritu de servicio, por el cual, el que quiera ser el primero debe ser el servidor de los demás[20].

Educativamente realizamos esta dimensión de la evangelización, creando una comunidad educativa que sea casa y escuela de comunión y en la cual se pueda vivir intensamente una experiencia de comunión y participación.

3. Una comunidad educativa místico-profética

Sintiendo la misma urgencia del Reino como el apóstol Pablo, para quien predicar el Evangelio era un deber y ¡ay de él si no predicaba el Evangelio[21], la comunidad educativa, en cuanto Iglesia, siente la urgencia de anunciar con la palabra y testimoniar con la vida permanentemente la Buena Nueva de Jesucristo.

---

[12] Jn 13,34.
[13] Rm. 12,11-21
[14] Tertuliano. Apologético, 39.
[15] Hch 2,42-47; 4,32-35.
[16] Ef 2,19.
[17] 1Co 12,13-30.
[18] Cf. 1Co 12,4-7.
[19] Cf. Jn 13,1-15.
[20] Cf.Mt 23,1-12.
[21] Cf. 1Co 9,16.

Por vocación y misión, la comunidad cristiana es educadora de la fe mediante la catequesis, la Educación Religiosa Escolar-ERE, la predicación y todas las mediaciones del anuncio de la Palabra.

Iluminada por la Palabra de Dios, lee e interpreta permanentemente el acontecer de la vida y los hechos de la historia dentro del Plan de Dios, descubriendo su presencia, su actuar y sus interpelaciones en los signos de los tiempos y de los lugares[22]: signos de liberación, de vida, de esperanza, de comunión, de solidaridad, de dignificación de la persona.

Alimentada permanentemente con la Palabra de Dios, en la lectura comunitaria de la Biblia y de los acontecimientos, denuncia con valentía cuanto contradice el proyecto de Dios, consuela al pueblo en medio de sus dolores y crucifixiones, llama a la conversión y avizora y anuncia un futuro lleno de esperanza, donde el amor de Dios colmará los corazones, la humanidad y la creación entera.

Pedagógicamente realizamos esta dimensión de la evangelización a través del testimonio y la profecía, especialmente a través de un currículo evangelizador y la propuesta de itinerarios de educación en la fe y una Educación Religiosa Escolar de carácter experiencial.

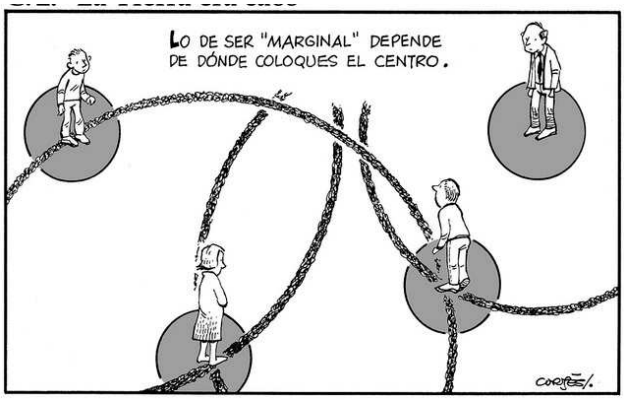
4. Una comunidad educativa que celebra en su vida la pascua de Cristo

El pueblo creyente, del cual forma parte la comunidad educativa, así como tiene hambre de pan y sed de justicia, tiene también hambre de Dios, fuente de vida y de amor. El hambre de pan es un mal que debe ser vencido, erradicado y una necesidad que debe ser satisfecha. El hambre de Dios y la sed de justicia es un bien inagotable, que debe ser reconocido y alimentado. Nuestro pueblo es religioso, siente la cercanía, la presencia y el amor de Dios en su caminar, y necesita expresar sus creencias personal y colectivamente, a través de celebraciones, fiestas y símbolos.

La comunidad creyente debe convertirse en un "santuario": un espacio donde, como comunidad y personalmente, pueda encontrarse con Dios y con las/os hermanas/os, una escuela de oración que llega a ser "*Cuerpo de Cristo*"[23] y *"Templo del Espíritu Santo"*[24], en donde se pueda expresar y celebrar *"el culto en espíritu y en verdad"*[25], manifestar y sentir la oración que nace de la vida cotidiana y se revierte como gracia, fortaleza y esperanza en el vivir de cada día, "cumbre y fuente" de toda la vida de la comunidad de fe[26].

Enseñadas/os por Jesús, invocamos a Dios como Padre y le pedimos con insistencia que su Reino venga a nosotras/os y que el pan de cada día no falte en ningún hogar[27]; nos alimentamos cotidianamente con la Palabra de Dios y celebramos la Eucaristía, como signo y fuente de comunión[28], orando en toda ocasión en el Espíritu[29], alabando y dando gracias al Señor[30].

Educativamente realizamos esta dimensión de la evangelización, propiciando el carácter celebrativo y orante de la vida de la comunidad educativa, haciendo memoria, en la "liturgia de la vida", de los gozos y esperanzas, las tristezas y las angustias de la humanidad, sobre todo de los más pobres[31].



[22] Cf. Mt 16,1-4.
[23] 1 Co 12, 27; Rm 12, 4-8.
[24] 1 Co 6,19; 3,16-17.
[25] Jn 4,23.
[26] Cf. SC 10.
[27] Cf. Mt 6,7-15.
[28] Cf. 1Co 10,16-17; 11,17-34.
[29] Cf. Ef 6,17.
[30] Cf. Col 4,2.
[31] Cf. GS 1

3- La escuela, camino de educación para la justicia y la paz

Salgamos, salgamos a ofrecer a todos la vida de Jesucristo. (…)
Prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades.

(La alegría del Evangelio, Papa Francisco)

Concretizando un poco más la función de la diaconía en la escuela, podríamos indicar algunos criterios o lineamientos que ayudarían a avanzar en una nueva comprensión de la comunidad educativa, ya no solo como generadora de acciones solidarias justas, sino de animadora de una justicia solidaria. Pasar de la caridad-limosna a la caridad justicia. De algún modo, podemos decir que la justicia, la paz y la integridad de la creación vienen a impregnar la praxis educativa.

Algunos de estos criterios podrían ser:

El respeto y la defensa de la vida y de la persona humana como valores supremos, lo cual nos compromete a:

- defender y reconstruir la vida amenazada;
- buscar un adecuado manejo de los bienes naturales;
- denunciar los sistemas egoístas que deterioran y explotan indiscriminadamente la naturaleza,
- defender la ecología desde una ética macroecuménica.

La igualdad de todos los seres humanos, lo cual nos impulsa a:

- defender un trato y unas condiciones de vida iguales para todos y todas;
- luchar por un Estado real de Derecho que garantice los Derechos Humanos y los Derechos de los Pueblos;
- ponernos de parte de las víctimas del poder y la dominación y no legitimar ni ser cómplices de sus opresores.

La centralidad del Reino, que nos lleva a:

- exigir la reparación como el camino hacia una verdadera reconciliación,
- la comunión macroecuménica con todas las personas y grupos humanos que trabajan por la misma causa del Reino.

El seguimiento de Jesús que nos lleva a hacer nuestra, como Él, la opción por el Dios de los pobres, oprimidos y excluidos, lo cual nos impulsa a:

- centrar nuestra vida en el anuncio del Reino a los pobres, en la liberación de los cautivos y en la solidaridad con los excluidos;
- luchar por la transformación de la sociedad y por el establecimiento de un orden nuevo de justicia y paz entre los seres humanos y con la creación.

La dimensión profética de nuestro carisma eclesial, lo cual nos lleva a:

- comprometernos en JPIC como respuesta a los más urgente, oportuno y eficaz;
- abrir caminos al reinado de Dios, anunciando la Buena Nueva a los excluidos y denunciando los poderes y a los poderosos que los excluyen.

4- Aproximaciones operativas

Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación.
(La alegría del Evangelio, Papa Francisco)

Revisar los modelos en los que se sostienen nuestras prácticas

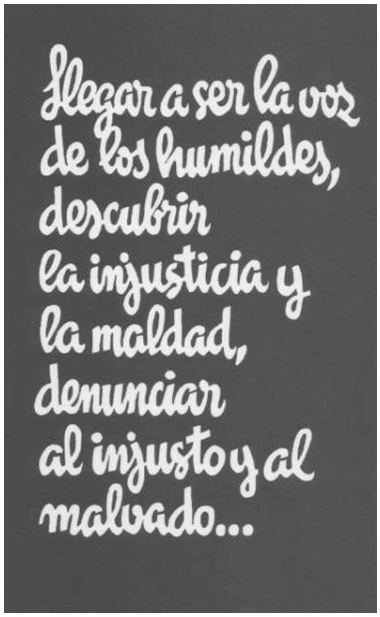
Animarnos a repensar el compromiso real de cada comunidad con la realidad y el lugar de las experiencias misioneras-solidarias en relación con el conjunto del proceso educativo supone revisar los modelos en los que se sostienen nuestras prácticas.

Una clave transformadora supone un nuevo *paradigma* de la acción educativa (incluyendo en ese concepto lo misionero, lo solidario, lo caritativo, etc). En efecto, para el conocimiento de la realidad se requiere siempre de cierto modelo ("paradigma"). Sin algún paradigma resulta muy difícil saber lo que (nos) pasa. Por más que ningún paradigma se adecue totalmente a la realidad y queden siempre fuera algunos fenómenos de los que el modelo no da cuenta, necesitamos valernos de uno. Cuando la porción de realidad sin explicación va resultando ya considerable (cada vez entendemos menos de la realidad que queremos abordar), debemos abocarnos a la construcción de otro modelo más capaz y abandonar el precedente. También la acción caritativa ha necesitado de modelos, con la diferencia de que el nuevo no sustituye a los anteriores, sino que los complementa con otro campo y los sobredetermina.

Un nuevo paradigma supone, al menos, cuatro aspectos:

a) La acción social…

El trabajo en JPIC es un nuevo paradigma en cuanto a las **formas de acción social.** La Iglesia ha escrito páginas heroicas en acciones asistenciales o de beneficencia. Es en ellas cómo ha expresado el amor misericordioso de Dios. Ha construido grandes obras (hospitales, asilos, orfanatorios, etc.) y ha especializado a su personal para dar una esmerada atención. A mediados del siglo pasado –durante la "década del desarrollo"- se abrió camino la acción de promoción humana o desarrollo comunitario. Más que considerar al necesitado como "objeto" de la caridad, había que convertirlo en "sujeto" de su propio destino, y proporcionarle herramientas para que él mismo, una vez capacitado, pudiese satisfacer sus propias necesidades. No se alcanzaba a ver que el desarrollo de una región no se puede realizar mientras no se cambien las relaciones estructurales que impiden entrar en este proceso. Esto es cabalmente lo que pretenden las actuaciones en JPIC. No se trata de invalidar las acciones sociales precedentes, que seguirán siendo necesarias; pero esta nueva forma de trabajo sí sobredetermina y orienta las anteriores.



Sigue siendo necesario, por supuesto, "dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, curar al enfermo, cobijar al sin techo, educar a quien no sabe"… Pero tales carencias no son ya atribuibles al azar o a supuestas capacidades inferiores, sino que se reconocen debidas a una injusticia estructural. La forma como actualmente se enfoca la satisfacción de estas necesidades básicas es la de los *derechos económicos y sociales*, y como tales, son exigibles.

b) El sujeto…

El trabajo transformador en clave de JPIC es un nuevo paradigma en cuanto al **sujeto**: Al decidir nuestras opciones, históricamente nos hemos propuesto dar nuestra preferencia a los *pobres.* Esta categoría, en sí misma, no connota a las causas que provocan la pobreza. Ahora en cambio, nuestra opción va por los económicamente *"explotados"* (o *"excluidos"* de la vida); a los políticamente *"oprimidos"* y a los culturalmente *"discriminados"*. Esta conceptualización, por una parte, amplía el sujeto para atender a muchas personas que sufren de las injusticias sin ser necesariamente *pobres*: perseguidos políticos, víctimas de la guerra, desaparecidos, mujeres o niños discriminados, profesionales emigrados, incluyendo a ese gran oprimido que es nuestro planeta Tierra. Involucra en el trabajo social a muchas personas que no trabajan directamente con los pobres, pero que se interesan por estos problemas y que han optado por un proyecto social que incluya a todos y todas.

c) El nivel de trabajo…

También se trata de un paradigma nuevo en cuanto al **nivel de trabajo.** Una característica de nuestro tiempo es que por primera vez en la historia podemos contemplar los problemas a nivel global. Desde esta perspectiva, los problemas locales se visualizan mejor y las soluciones pueden orientarse de modo que muchas luchas locales converjan sobre los mismos objetivos causales. Es por eso que ahora se dice *"Pensar globalmente y trabajar localmente".* Incluso, considerándonos como un conjunto orgánico, se requiere cada vez más de algunos que *"piensen globalmente y actúen globalmente"*, ya que se trata de incidir en los niveles más amplios posibles.

El nivel de trabajo permite que en nuestras comunidades convivan una tarea localmente situada (atención de un comedor parroquial ante el flagelo de la desnutrición infantil) y otra de carácter global, apuntando a políticas de definición (participación en campañas contra el hambre).

d) El método…

La lucha por la transformación del mundo es un trabajo que debe encararse con seriedad y rigor. No se realiza únicamente en el plano de los sueños ni del entusiasmo fácil y efímero. La transformación del mundo implica conocer el mundo y lo que en él necesita transformación. Toda acción a favor de la justicia tiene que conocer el sistema de injusticia que es responsable de la mayor parte del hambre, de la falta de vivienda, de la violencia y destrucción del medio ambiente que sufre el mundo. Una parte significativa de nuestros esfuerzos por hacer más transformadora nuestra propuesta pastoral debería tener que ver con el estudio de los sistemas de injusticia, con el cómo y por qué funcionan y se reproducen. Es necesario un **método** para examinar los sistemas sociales y los proceso de injusticia estructural / sistémica.

En este sentido, nos puede ayudar la experiencia de JPIC de varias congregaciones. JPIC posee un **método** específico. Más allá de variantes, podemos decir que se trata del Análisis Social. El Análisis Social es un instrumento popular y eficaz que nos capacita para examinar las estructuras de la sociedad: tanto la política y la económica, como la cultural, la social y la religiosa y desentrañar las causas radicales de la injusticia social. El Análisis Social identifica a quienes tienen el poder, a quienes toman las decisiones, a quienes se benefician y a quienes no se benefician con esas decisiones. Hace posible que veamos las interconexiones e influencias que actúan en cualquier sistema social.

Tomado del utilizado por la *revisión de vida* de los jóvenes obreros de la JOC francesa, entró plenamente en la pastoral latinoamericana a partir de Medellín y luego fue ampliamente difundido y utilizado por las Comunidades Eclesiales de Base. Tiene tres fases: VER – JUZGAR – ACTUAR. Por tratarse de un método que no es lineal, sino dialéctico, la etapa del ACTUAR no se constituye en la última, sino que constituye el punto de apoyo de un nuevo VER, abriendo una espiral permanente. También, en el caso de los creyentes, el método se completa con una fase celebrativa ineludible, para ritualizar nuestros logros y fortalecer nuestras esperanzas. Podemos decir que la espiral se constituye de este modo: VER – JUZGAR – ACTUAR – CELEBRAR – NUEVO VER – JUZGAR – ACTUAR – CELEBRAR… etc., etc.

Algunas ideas para concreciones en la acción y la formación:

a. Fortalecer la transversalidad de JPIC (eclesial y congregacional) en nuestros PEP.

b. Buscar **procesos de cambio** alternativos, liberadores y de autogestión, **acotando cada vez más el espacio del asistencialismo**.

c. Partir necesariamente de una **lectura crítica de la realidad**.

d. **Tener en cuenta a los sujetos** en la metodología de trabajo, para lograr la participación popular en clave de ciudadanía y recuperar su memoria histórica.

e. Mantener una **buena comunicación** entre los que trabajamos en JPIC.

f. **Dar a conocer y apoyar las experiencias concretas en clave transformadora** que se llevan a cabo en nuestra Congregación, en otras congregaciones, en la Iglesia y fuera de ella. Facilitar intercambios.

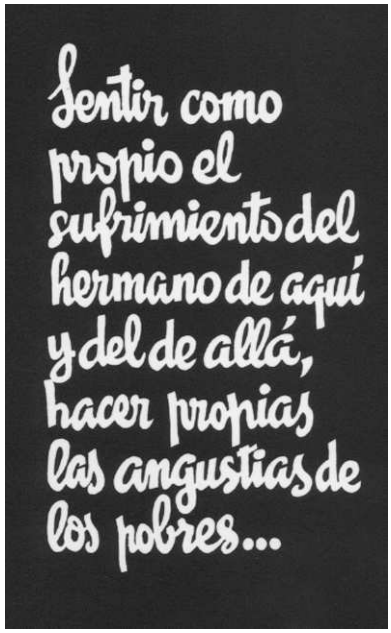
g. **Desenmascarar y denunciar los poderes** y los atropellos que oprimen al ser humano, global y localmente.

h. **Articular nuestro trabajo con otras organizaciones** sociales y políticas.

i. Mantener y crear **mecanismos de información y formación permanente** que posibiliten la unidad y sintonía de criterios en clave de justicia y paz.

j. **Invertir recursos** (humanos, económicos, de infraestructura) para la formación en Derechos Humanos y medio ambiente.

k. Procurar que las **opciones y posicionamientos** que vamos asumiendo (en clave transformadora - JPIC) **configuren la espiritualidad de los responsables** de nuestras comunidades educativas.



Para pensar comunitaria y personalmente:

En nuestra comunidad educativa, concretamente:

1. ¿Qué prácticas queremos abandonar?

2. ¿Qué podríamos ensayar, intentar, para que el desafío transformador del Reino acompañe los procesos educativos que proponemos?

ALGUNAS REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS POSIBLES PARA PROFUNDIZAR LA REFLEXIÓN DE DIVERSOS ASPECTOS:

ALBERICH, EMILIO, *Catequesis Evangelizadora. Manual de catequética fundamental.* Madrid, Editorial CCS 2009.

ALFORJA, *Técnicas participativas para la educación popular.* Buenos Aires, Cedepo – Lumen-Hvmanitas 1996.

ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE CATEQUETAS (AECA), *Hacia un nuevo paradigma de la iniciación cristiana hoy*. Madrid, PPC 2008.

BOLTÓN, PATRICIO - RODRÍGUEZ MANCINI, SANTIAGO - DI GREGORIO, ADRIAN, *Pastoral juvenil escolar urbana: cartografía de una experiencia*. Buenos Aires, Editorial Stella 1999.

CONCILIO VATICANO II, *Documentos Completos.* Ciudad del Vaticano, 1965.

CORBELLI, PRIMO, *Doctrina Social de la Iglesia*. Buenos Aires, Editorial Claretiana 2008.

CORTÉS, JOSÉ LUIS. *Un Dios llamado Abba*. Madrid, PPC, 2003.

DUSCHAZTKY, SILVIA, *La escuela como frontera: reflexiones sobre la experiencia escolar de jóvenes de sectores populares*. Buenos Aires, 1999.

FLORIS, FRANCO – TONELLI, RICARDO, *Optar por la Animación,* Madrid, CCS 1987.

FREIRE, PAULO, *El grito manso*. Buenos Aires 2003.

LONERGAN, BERNARD, *Método en Teología*. Salamanca, Ediciones Sígueme 1988.

MADURO, OTTO, *Mapas para la fiesta.* Buenos Aires, Ediciones Surcos 2012.

MORIN, EDGAR, *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Buenos Aires, 1999.

PABLO VI, Exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi.* Roma, 1975.

PERESSON, MARIO, *Evangelizar educando desde las áreas del curriculum*. Buenos Aires, 2005.

PRELLEZO, JOSÉ MANUEL (COORD.), *Diccionario de Ciencias de la Educación*. Madrid, CCS 2009.

RODRÍGUEZ MANCINI, SANTIAGO, *Pastoral educativa. Una mirada de fe sobre la tarea escolar*. «Cuadernos MEL» (28). Roma 2005.

STEVENS, JOHN, *El darse cuenta*. Santiago de Chile, Cuatro Vientos 1981.

TAPIA, MARÍA NIEVES, (comp.) *La Solidaridad como Aprendizaje.* Buenos Aires, 1998.

TAPIA, MARÍA NIEVES, *La Solidaridad como pedagogía: el aprendizaje-servicio en la escuela.* Buenos Aires, 2001.

TONELLI, RICARDO, *Una Espiritualidad para la Vida Diaria*. Madrid, CCS 1987.

TONELLI, RICCARDO, *Per la vita e la speranza. Un progetto di pastorale giovanile*. Roma, LAS 1996. (y su versión digital en español).

TONUCCI, FRANCESCO, *¡Si no os hacéis como yo!*. Buenos Aires, Losada 1995.

TONUCCI, FRANCESCO, *Con ojos de niño*. Buenos Aires, Red Editorial Latinoamericana 1995.

TORRES QUEIRUGA, ANDRÉS, *Creo en Dios Padre. El Dios de Jesús como afirmación plena del hombre*. Santander, Sal Terrae 1986.

V CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO. *Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida (Documento conclusivo)*. Aparecida, 2007.

VALLES, CARLOS, *Dejar a Dios ser Dios*. Santander, Sal Terrae 1988.

VELASCO, MARTÍN, *Increencia y evangelización. Del diálogo al testimonio*. Santander, Sal Terrae 1988.

VELASCO, MARTÍN, *La transmisión de la fe en la sociedad contemporánea*. Santander, Sal Terrae 2002.